

Las Virtudes y la Vida Interior

La virtud de esperanza

La palabra de Dios es una luz que lo muestra a nuestra inteligencia, y así establece la *fe*; pero es también una promesa que nos asegura su posesión, y así establece la *esperanza*.

1° Naturaleza de la esperanza.

La esperanza es *una virtud teologal infusa que nos inclina a esperar, con firme seguridad, la bienaventuranza eterna del cielo y los medios necesarios para alcanzarla*. Por lo tanto, la esperanza tiene por objeto a Dios mismo: Dios como fin y Dios como medio.

1° **Dios como fin**: el objeto principal de la esperanza es la posesión eterna de Dios, o la bienaventuranza eterna del cielo.

2° **Dios como medio**: el objeto secundario de la esperanza es el conjunto de socorros útiles o necesarios para llegar a la posesión de Dios, y que pueden ser:

- *de orden sobrenatural*: el perdón de nuestros pecados, la gracia santificante, las gracias actuales para triunfar contra nuestros enemigos espirituales, para practicar las virtudes de nuestro estado, para tender eficazmente a la perfección; la gracia de la perseverancia final; • o también *favores temporales*, en la medida en que se relacionan con la bienaventuranza eterna y nos son necesarios o útiles para alcanzarla.

2° Fundamento de nuestra esperanza.

La esperanza cristiana se apoya en la naturaleza de Dios, en sus promesas y en sus dones.

1° **La naturaleza de Dios**. Se tiene confianza en alguien en la medida en que *puede* y *quiere* socorrer. Ahora bien, Dios, por su naturaleza: • es *todopoderoso*, realiza todo lo que quiere, y sabe incluso transformar en medio soberanamente eficaz lo que se levanta como obstáculo insuperable; • es *infinitamente bueno*, ya que «*Dios es caridad*» (1 Jn. 4 16), y quiere comunicarnos a nosotros los bienes y felicidad de que El mismo goza.

2° **Las promesas de Dios.** Dios ha comprometido su divina palabra para todo lo que concierne nuestra salvación y perfección: • palabra *escrita*, pues las promesas divinas constituyen el objeto fundamental de toda la Sagrada Escritura; • palabra *confirmada con juramento* reiteradas veces: «*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*» (Mt. 24 35); • palabra *dotada a nuestros ojos de todas las garantías imaginables*: Dios la ha sellado con milagros y profecías, ha fundado la Iglesia para guardarla y transmitirla, ha creado el apostolado para predicarla, el pontificado para interpretarla, el martirio para confirmarla.

3° **Los dones y prendas de Dios.** Estos dones y prendas son sobre todo tres: Jesús, María y la Iglesia.

• **JESÚS:** «*Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que tengan la vida eterna*» (Jn. 3 16). *Para ser nuestro Salvador, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, murió por nosotros en la cruz, subió a la diestra de su Padre con el fin de ser constituido nuestro Abogado y Mediador, y al mismo tiempo sigue viviendo entre nosotros misteriosamente y se da a cada uno de nosotros, por medio de la Eucaristía.*

• **MARÍA,** *a la que honramos con los títulos de «Mater sanctæ spei» y «Spes nostra»: pues si el Padre nos da como prenda a su Hijo, el Hijo a su vez nos da como prenda a su Madre, haciéndola Madre nuestra: siendo MADRE DE DIOS, está muy cerca de Dios, es todopoderosa sobre su Corazón y dispone como quiere de los tesoros infinitos de sus gracias; y siendo MADRE NUESTRA, está muy cerca de nosotros, es bondad y misericordia para con nosotros, y está siempre dispuesta a dispensarnos a manos llenas las gracias divinas.*

• **LA IGLESIA:** *por ella Dios nos asegura las luces infalibles de la fe, que nos guían hacia nuestros destinos eternos, y los medios múltiples y fáciles para santificarnos cada vez más: Sacramentos, Liturgia, Santa Misa.*

3° Cualidades de la esperanza.

Nuestra esperanza debe ser inquebrantable, acompañada de gran desconfianza de nosotros mismos, y laboriosa.

1° **Inconmovible,** porque se apoya en Dios. Toda duda voluntaria sería una injuria a Dios, a su bondad, a su poder, a su fidelidad; injuria a la mediación de Jesús y de María.

2° **Acompañada de gran desconfianza de nosotros mismos,** por la sencilla razón de que, aunque siempre debemos esperar todo de Dios, también debemos temerlo todo de nuestra inconstancia, de nuestra debilidad, de nuestras miserias.

3° **Laboriosa,** es decir, valerosa y activa; porque la esperanza cristiana exige esfuerzos incesantes: • primeramente, para desprenderse de los goces terrenos y mantenerse en el deseo y espera cierta de los bienes eternos; • y luego, para vencer la pereza espiritual y emplear todos aquellos medios a los que Dios ha

prometido el cielo: la oración, los sacramentos, la correspondencia a las gracias divinas, etc.

4º Excelencia de la esperanza.

La esperanza es esencial: • *para la salvación*, porque es ella la que, mediante el deseo y espera cierta del cielo, mantiene nuestra alma habitualmente orientada hacia su fin sobrenatural; • *para la perfección*, porque al mismo tiempo nos asegura todo lo que puede favorecer nuestro progreso espiritual y nuestra acción apostólica, a saber, las gracias de Dios, nuestros esfuerzos de buena voluntad, y una atmósfera de paz y alegría espirituales.

1º Las gracias de Dios, primer factor de toda actividad sobrenatural. *La confianza es la medida de las gracias de Dios: según el decir de los Santos, Dios es el océano de todas las gracias, y la confianza es la copa con que bebemos de él; cuanto mayor sea, mayor será también la abundancia de gracias que de El obtendremos.*

2º Nuestros esfuerzos de buena voluntad, segundo factor de toda actividad sobrenatural. *La perspectiva cierta del cielo y la seguridad de ser sostenidos por la gracia de Dios, son un aguijón que nos excita, una palanca que multiplica nuestras fuerzas, un resorte que estimula nuestra actividad. «Incliné mi corazón al cumplimiento de tus mandamientos, por la esperanza del galardón» (Sal. 118 112).*

3º Una atmósfera de paz y de alegría sobrenaturales, *atmósfera particularmente propicia para el desarrollo de nuestra vida sobrenatural y para su irradiación apostólica. Sostenidos por la perspectiva del cielo y apoyados en el socorro de Dios, no nos dejamos entristecer ni abatir por las pruebas de la vida presente, sino que, al contrario, las acogemos como la más fecunda semilla de alegrías eternas y de cosechas apostólicas.*

Por eso decía Monseñor Gay que, «*si la esperanza natural es el alma de la vida humana, la esperanza sobrenatural, nacida del bautismo, es el alma de la vida sobrenatural*». Y así, cuanto más perfecta sea nuestra esperanza, mayores pasos nos hará dar en la santidad, y mayores obras nos llevará a realizar en el ámbito del apostolado.

5º Práctica de la esperanza.

La esperanza es un don de Dios: por eso, hay que pedir a Dios sin cesar por la oración y los sacramentos que la acreciente en nosotros. Pero luego hay que *ejercer y desarrollar* esta virtud por medio de actos repetidos de esperanza inquebrantable en la felicidad del cielo y en los auxilios necesarios que Dios nos otorga para llegar a él. Importa mucho sobre todo hacer actos de esperanza y de confianza filial en las siguientes circunstancias:

1º Antes de la oración y de la recepción de los sacramentos, porque su eficacia depende del grado de esperanza cristiana y de confianza filial con que los recibimos.

2° **En presencia del atractivo de los goces y alegrías temporales**, que son los adversarios natos de la esperanza cristiana, porque tienden a ahogar los santos deseos del cielo y a ponerlos en los bienes de esta tierra. Hay que oponer enseguida, a todo lo que el mundo tiene de seductor, la perspectiva cierta del cielo, y decir con los Santos: «*Estoy hecho para cosas mayores*»; «*¿de qué me vale esto para la eternidad?*». De este modo, los goces temporales, lejos de detenernos, nos servirán de ocasión para tomar un nuevo impulso hacia el cielo y hacia Dios, centro y fuente de todo bien.

3° **En presencia de toda tentación de desaliento**, cualquiera que fuere su causa: nuestros pecados pasados, las faltas del momento, tentaciones violentas del momento, etc.:

a) *Si el desaliento procede del **recuerdo de los pecados pasados**, debemos apoyarnos en las promesas de misericordia de Dios y en la eficacia del sacramento de la penitencia. «Aunque vuestros pecados fuesen rojos como la púrpura, se volverán blancos como la lana» (Is. 1 18). «Aunque reuniéramos en nuestra persona la rebelión de Lucifer, la desobediencia de Adán, el fratricidio de Caín, la traición de Judas, los escándalos de los heresiarcas y todos los crímenes que han manchado la tierra antes y después del diluvio, seguiría siendo un deber riguroso para nosotros tener esperanza... Si Cain y Judas se condenaron, fue menos por sus crímenes que por haber desesperado de conseguir el perdón» (PADRE CHAMINADE).*

b) *Si el desaliento es provocado por una **falta del momento**, debemos recordar que el desaliento sería más injurioso a Dios y más nefasto a nuestra alma que la falta misma; que esa falta, sea cual fuere, desaparece bajo el efecto de un acto de penitencia y de amor a Dios: «Le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho» (Lc. 7 47); que esta falta puede incluso volverse en provecho de nuestra alma si, en lugar del desaliento, se convierte en ocasión de un crecimiento de humildad, de desconfianza en sí mismo, de confianza en Dios, y de buena voluntad en su servicio. «Todo coopera al bien de los que aman a Dios», dice San Pablo (Rom. 8 28), «incluso los pecados», añaden San Agustín y San Francisco de Sales, poniendo como ejemplo al rey David, a María Magdalena, a San Pedro.*

c) *Si el desaliento procede de **tentaciones violentas y persistentes**, o de grandes **pe- ligros**, o de grandes **pruebas**, o de **deberes** que parecen demasiado difíciles, o de **responsabilidades** que parecen superar nuestras capacidades, debemos recordar que, aunque es cierto que no podemos nada por nosotros mismos, no es menos cierto que «todo lo podemos en Aquél que nos conforta» (Fil. 4 13); y que «todo es posible para quien se apoya en Dios por la fe y la confianza» (Mc. 9 22).*

4° **Ante la perspectiva de la muerte**, debemos aceptarla cuándo y cómo le plazca a Dios enviárnosla, en un movimiento de confianza y abandono filial a su voluntad infinitamente sabia y amable. De esta manera rendiremos a Dios el homenaje más precioso a sus ojos, y el más meritorio para nuestra alma.